

Ensayando sobre el ensayo

LUÍS FELIPE VALENCIA TAMAYO¹

No es extraño que de vez en cuando los estudiantes y hasta los mismos profesores nos veamos asaltados por la urgencia de escribir un ensayo. De hecho, académicamente hablando, este género se ha tornado en una herramienta mediante la cual se pretenden calificar tanto los procesos de estudio y aprendizaje como también los de investigación y proyección docente, por lo que su mención regular viene a ser como la invocación de una condición de la actual vida universitaria. El joven llega a casa después de una jornada de estudios y a la pregunta de sus padres por qué tiene que hacer, la respuesta está clara: tengo que estudiar y escribir un ensayo. El profesor pasa fines de semana sentado en su escritorio bajo la premisa de que tiene que escribir un ensayo. La expresión, de tanto mentarla, suena a muletilla en nuestros corredores. Al parecer, todos andamos *ensayando*.

Sin embargo, una lectura de lo que muchas veces presentan estudiantes y docentes como ensayos brinda la oportunidad para preguntarse ¿qué es, en últimas, lo que se ha estado haciendo? Descontando los ya tristes y repetidos casos de copie y pegue, de plagios desvergonzados y costuras de

ideas ajenas que muchas veces terminan contradiciendo el sentido de los discursos que se querían presentar, la escritura de ensayos pasa por ser una fuente de desprestigios frente al género. Y es que hay un olvido mayúsculo a la hora de hacerlos consistente en el abandono de las formas literarias y la despreocupación por encontrar en la escritura un tono que pueda evitar las tergiversaciones. En otras palabras, hemos desatendido el hecho de que, pese a estar tan académicamente acreditado, el ensayo es un género literario y, como tal, su pasaporte expira cuando la documentación presentada no es más que un galimatías ostentoso o una jerigonza sin ritmo alguno.

Jóvenes y veteranos presentan ideas brillantes todos los días, realizan investigaciones a diestra y siniestra, dan la talla a la hora de realizar exposiciones en *Power Point* y desconcertar con la elaboración de diagramas estadísticos llenos de colorido y dinamismo, pero a la hora de encontrarnos con sus trabajos escritos nos despachan con la indelicadeza de su pobre léxico y una prosa pasada de amarga. Con lamentos nos despedimos de lo que pudo ser una pieza mucho más grata si tan sólo quien la realizó hubiera puesto un poco más de voluntad. Así se han perdido los testimonios de trabajos que sin duda pudieron haber cosechado mejores frutos en sus lectores, sin dejar de contar entre este público a los que, algún día, echarán un vistazo sobre lo que se hizo en nuestro tiempo. Además, para consolarnos como tontos, el caso

¹ Licenciado en Filosofía y Letras. Profesor del Área de Ciencias Sociales y Humanas del Programa de Comunicación Social y Periodismo de la Universidad de Manizales. Escritor. lufevata@hotmail.com

no es sólo de la escritura académica; continuamente salen al mercado obras históricas, científicas, biográficas, por mencionarlas a ellas, que, pese a sus rimbombantes bibliografías y encomios investigativos, dejan mucho que desear en su estilo y presentación.

Recuerdo que alguna vez, leyendo un ensayo de Aldous Huxley sobre Beethoven, recriminaba a uno de los muchos biógrafos del compositor el hecho de que hubiera trabajado tanto y durante tanto tiempo en la escritura de su libro para simplemente mostrar una serie de datos curiosos y algunas correcciones necesarias. Aunque suene irónico, una obra monstruosa como la que aquel biógrafo pudo haber realizado, quedaba reducida a su cruel prosa que no la dejaba ser otra cosa sino una gran investigación. Romain Rolland, premio Nobel de Literatura en 1915, escribió una obra sobre el mismo músico, si se quiere mucho menos ampulosa, pero lograba atraer y contagiar el ánimo de sus disertaciones sobre Beethoven, mérito obtenido por su conjugación de la admiración y el deseo de transmitir sus ideas con las expresiones al uso. Huxley, justamente, cerraba su crítica a la insufrible pero valiosa biografía de aquel investigador infatigable con la idea de que todo lo había hecho muy bien pero le faltó la pasión y el verdadero amor por Beethoven. Si realmente lo hubiera querido no hubiera escrito así, se quejaba Huxley.

No por cuestiones menores se han dejado de recriminar las obras de grandes hombres de ciencia y pensamiento. Baste recordar que también Arthur Schopenhauer tomaba por indigesta la lectura de Hegel. Y si eso lo decía él que leía al filósofo en su misma lengua, ¿qué podemos decir nosotros que lo leemos traducido? En estas cuestiones se entiende el hecho de que el estilo y la claridad



tengan también que asumirse con la responsabilidad necesaria que comporta a las ideas y a las investigaciones que se quiere expresar. Después de ello se pueden decir muchas cosas, como que la obra no gusta o no agrada, en el plano eminentemente humano de que ciertas cosas nos gusten más que otras. Así, por ejemplo, lo expresaba Wittgenstein al referirse a Shakespeare: “Entiendo que alguien lo admire y pueda llamarlo arte supremo, pero a mí no me gusta”. Es este un fenómeno completamente distinto. Lo menciono para evitar confusiones: hay obras muy buenas, responsables en forma y en fondo, pero que nos desagradan porque, como todo lo que ocurre bajo este cielo, no acabamos de contentarnos con el plato excelentemente servido. Pero precisamente son estas las obras que se buscan en la creación

de ensayos, muy a pesar de cualquier desencanto. Piense para ello en aquella película que todo el mundo decía que a usted debería gustarle y, sin embargo, no le tocó el alma.

Ocurre también que al más ligero reclamo frente a un ensayo su autor se defiende sosteniendo que su intención no era hacer literatura. En este sentido, lo que está mal es la noción de literatura que maneja el ofendido escritor de malos ensayos. Si bien trabajar en el género no es poetizar ni hacer ficciones, sus planteamientos caben todos en el manejo de la prosa. De hecho, puede llegar a ser tan buen escrito que, sin importar si ha nacido en laboratorios o en plazas públicas, termina siendo modelo literario de comprensión, claridad y respeto por todos sus posibles lectores. Es lo obligado, es lo justo dentro de los lineamientos del ensayo. Así debemos ir manteniendo las pautas en la escritura de este tipo de textos, vindicando en su nombre el saludable vínculo con la iluminación más que con la oscuridad. En muchas ocasiones, como ha escrito Gabriel Zaid, “la transparencia vale infinitamente más que los datos acarreados. Datos, por lo general, obsoletos al día siguiente: sin embargo, perennes en la sonrisa de un paseo de lujo”.

Sobre este simple aspecto, el de la iluminación de un viaje escrito en ensayo, vale incluso hacer una pequeña aclaración. Así como no se espera que un burro entienda de matemáticas, no es muy natural que todos los hombres conciban la idea de claridad con la misma nitidez. Recuerdo, por el mismo tono, un viejo refrán: “Puedes llevar un caballo a través del agua, pero no puedes igualmente hacerlo beber”. Dentro de ciertos círculos, los ensayos sobre ciencia y arte, por citar sólo dos referentes, pueden ser absolutamente

oscuros aún para sus adeptos. La novedad conceptual, el manejo inquieto y necesario de formulaciones y tablas, y el reconocimiento de un tratamiento que no de otra forma podría llamarse riguroso hacen que ciertos escritos se despedacen en nuestras manos como si hubiéramos estado cargando un par de toneladas en su lectura. Pero sabemos bien que para manejar pesos hay que ir trabajando los músculos y que en la aventura del conocimiento no quedamos exonerados de penalidades y sanciones fruto de nuestras insuficiencias. Todo tiene su proceso, y así como hay ensayos que son ilegibles inicialmente, no es difícil encontrar aquellos que brotan como guías en el camino para ubicarnos y llevarnos a lugares desde los cuales podemos divisar mejor los espectáculos del conocimiento humano. No por ello debe dejar de insistirse en que el empeño por transmitir las ideas con la mayor claridad sea un principio rector en nuestras disquisiciones, bien que, habiendo textos que no pueden ser más que oscuros a nuestro entendimiento, también los hay que vuelven sombrías y agrias hasta las ideas del *Quijote*. En todo ocurre como quien llega extranjero a tierra en que se habla extrañamente: primero el desconcierto de no entender más que alguna seña universal, luego una leve familiaridad fruto de uno que otro benefactor que se toma un instante para denotarnos sentidos y una voluntad nuestra de querer comprender mejor el entorno y, por último, el descubrimiento de que hay unos que no hablaban bien, que gagueaban y nos confundían.

El panorama de la escritura de ensayos que hoy en día habitamos no se desentiende de la imagen que acabo de presentar al lector. Por ello no es justo el desánimo que a veces frecuenta a la humanidad por parejo cuando la incom-

prensión parece ser una fuerza ingrata entre sus disposiciones. Contentándonos sólo con existir, nada sería comprensible. El acento hay que ponerlo entonces en la voluntad de aprender. Así pues, los viajes en cualquier disciplina comienzan con el desconcierto de que las cosas se difuminan y nada parece juzgarse con claridad, pero esos primeros pasos resultan necesarios para que luego se den con mayor seguridad. Si usted, inexperto, toma una revista de divulgación científica o de medicina, o, para no ir tan lejos, de tecnología, habrá lecturas que lo rechazarán como si estuviera leyendo al mismo Hegel. Nada extraño. Pero lo raro sería que usted, todo un entendido en una materia, sintiera la misma aspe-reza que un neófito. Y, lastimosamente, ocurre no con menos frecuencia y es allí donde el reclamo por la claridad se torna mucho más puntual: quienes escriben deben saber de qué están hablando y cómo lo están expresando. El desequilibrio es pecaminoso: saber mucho de lo que se está hablando sin determinarse a hacerlo con sencillez.

Ya que, como ha escrito Alfonso Reyes, “El ensayo es el centauro de los géneros”, debe ser tocado con talento en el reconocimiento de la lengua y los ritmos del idioma en que se escribe. Todas las disciplinas se le acercan y, como género literario, se da el gusto de ser uno de los medios más queridos para transmitir cuanto se piense. Los temas habidos y los que vendrán, tienen un lugar asegurado en sus extensas filas. Pueden encontrarse ensayos que invocan alguna minucia del pasado, como una vieja escena en galerías palaciegas, como otros que se atreven a explorar los oscuros laberintos del cerebro y la conciencia. De una tarde dominical de fútbol o de un acontecimiento histórico, el ensayo se escribe con la frescura de

una vida que siempre se sorprende e intenta aclarar sus enredos. Al ensayo no le gusta hacerse siempre el rimbombante, el que conjuga toda una biblioteca como bibliografía o el que se extiende bosques enteros. Los hay tan breves y profundos como amplios y delicados. En tratados morales, correspondencias aleccionadoras, análisis del mundo de la ciencia y las ideas, comentarios a otras vidas, a otros libros y a otras culturas, autores de diversas inteligencias y talento han dado muestras de la eficacia de entregarse a la escritura de lo que, desde la misma palabra, es un intento, tranquilo, de mente despierta y pasión, por comprender la vida.

El ensayo no es nunca una conclusión anticipada en un proyecto de trabajo. Encontrándose tan cerca de quien opina como de quien censura desde una cátedra, es un género en el que la escritura está próxima a disfrutar más del viaje que del lugar de llegada. Aún las palabras de Montaigne, a su manera el padre del género en nuestra más moderna tradición literaria, se mantienen como parte de su columna vertebral:

Esto es puramente el ensayo de mis facultades naturales, y no, en absoluto, de las adquiridas; y quienquiera que me sorprenda en ignorancia nada ha de hacer contra mí, pues difícilmente sería yo responsable por mis ideas frente a los demás, yo, que no soy responsable ni estoy satisfecho por ellas ante mí mismo. A quienquiera que busque el conocimiento, séale permitido pescarlo donde éste habite; no hay nada que yo profese menos. Éstas son mis fantasías, por las cuales intento dar un conocimiento no de las cosas, sino de mí mismo.

Sé que estas palabras, soltadas así, a un lector medianamente académico y que tenga del ensayo una idea mucho más sofisticada, pueden terminar alborotándole la úlcera. Sin embargo, están en la razón de ser del ensayo tanto como en su etimología. En un mundo que no debe acabar de sorprendernos, el ensayo no pretende instaurar últimas palabras. La vida de los *Ensayos* de Montaigne es una cordial muestra de ello. La savia del querido y malentendido género no se advierte en una fría presentación de propósitos por desplegar ni conclusiones que, como certificados, muestren el final de un camino.

Ensayar es eso: probar, investigar nuevas formulaciones habitables por la lectura, nuevas posibilidades de ser leyendo -expresa el ensayista mexicano Gabriel Zaid en su breve texto dedicado a Alfonso Reyes: 'La carretilla alfoncina'- . El equívoco surge cuando el ensayo, en vez de referirse, por ejemplo, a 'La melancolía del viajero', se refiere a cuestiones que pueden o deben (según el lector estrecho) considerarse académicas. Surge cuando el lector se limita a leer los datos superables, no la prosa insuperable.

Bien puede ser que los terrenos en los que se labra el ensayo pueden ser tan diversos como los mismos asuntos en los que se inmiscuye; bien que ajenos a la lectura y distantes de interesantes producciones intelectuales nos topemos con un panorama en el que las ideas de Montaigne suenen escandalosas, resulta difícil que alguien con los mismos propósitos del escritor francés logre cuajar cuando menos un párrafo de nítidas reflexiones personales. Y el comentario cabe incluso si tomamos como

referencia a los más valiosos hombres del Renacimiento. Escribir, pensar el mundo, producir una serie de obras que determinen su época y las que vendrán, viene dado por una cadena de condiciones y un ambiente propicio para que se fecunden el pensamiento y la cultura. Que un autor nos diga hoy en día que lo que escribe llega como inspiración de sus facultades mentales nos suena ridículo, tanto como atrevido. Para ello se necesita hoy el diploma, la certificación de un doctorado o una maestría, cuando menos un diplomado que corrobore que hablar de humanidades pasó a ser parte de un grupo de elegidos. ¡Pero cuánto pudiera darse hoy para que algunos de nuestros doctores escribieran como los indoctos hombres que nos han precedido! A veces pareciera que el paso por sus programas de estudio les marchitó la inspiración y la necesidad de conocerse más a sí mismos.

Habría que calar profundamente en la necesidad de que nuestros estudios en humanidades se sostengan en sus senderos clásicos, de donde en realidad nacieron, para reivindicar su papel en las sociedades actuales, sin necesidad de que el marchamo de otros lineamientos, muchas veces escrupulosamente científicos, les dé su valía y sus razones de ser hoy.

Es por ello que el tipo de ensayo que leemos hoy termina degenerado en informes. Y no está mal el proceso de llevar actas e informes de lo que se hace, que es tan conveniente como el lavado de manos antes de alimentarse, pero en exceso ha conducido a confusiones en profesores y estudiantes de humanidades por parejo. Un informe, como les que solicitan en todos los cursos de filosofía, literatura, política, artes, cultura, comunicación, y todas las disciplinas agrupadas como familia en los caminos

de las humanidades, es un escrito que pretende dar cuenta de lo que se encontró en una lectura; para el profesor tiene que ver mucho con la noción de que el estudiante, al menos, leyó lo que se le pidió y da cuenta de ello en un escrito breve que recoja los contenidos fundamentales y las inquietudes despertadas tras el paso por el texto. Lo que no se comprende importa poco porque será motivo de mayor análisis dentro de las clases y llevará al estudiante a darse cuenta de que en realidad lo oscuro era mucho más simple. Los informes no son para que el profesor sepa de qué hablar sino para que el estudiante sepa cómo va su propio proceso de aprendizaje. Desafortunadamente, el ánimo de que este proceso sea siempre ponderado por buenas notas ha llevado a que el aprendizaje pase a ser un elemento curioso y no vital en la formación. Aquí empiezan a hacerse frecuentes los encargos de trabajos a terceros, la copialina y, tras ella, la intención de hacer pasar por propias las tareas que ya hicieron otros.

Un tipo de escrito que vive particularmente ligado al informe de lectura es la reseña. Sin embargo, aunque similares en apariencia, la reseña se perfuma en esencias de mayor conocimiento y solidez en la presentación de las ideas propias. Caer en cuenta de ello se mide por lo que uno espera o brinda en cada trabajo. Si el profesor recibe una reseña en lugar de un informe el estudiante ha hecho mucho más de lo que se le ha pedido. La reseña asume la invocación de que quien la escribe conoce el mundo sobre el cual subraya, no se reduce a comentar lo que ha leído, visto o aprendido sino que logra insertarlo a su propio acervo de conocimientos sobre el tema para darle una mirada que brinde al lector un nuevo horizonte de reflexión y de decisiones particulares. Así, la re-

seña también resulta particularmente afín al artículo de opinión o al artículo tipo crítica, los mismos que observan el paso de la vida y las manifestaciones humanas con la contención del aplauso y el pulso firme, a veces, apunto de disparar. Para todos estos, excepto para el mentado informe, es justo un encuentro con el tema del que se habla y una necesidad imperante de querer expresar lo que se dice en la brevedad de un par de columnas o, como se habla en los corredores de prensa, en un par de cuartillas, a lo mucho una, por favor. Así, desde semanarios y otras publicaciones periódicas es fácil encontrar reseñistas de muy diverso interés que aplican su conocimiento y criterio a la orientación y divulgación de todas las ramas del conocimiento.

Allí palpita el ensayo, por supuesto. Del sencillo y útil informe de lectura a la crítica de arte y de literatura, pasando por las más variopintas disertaciones, discursos, correspondencias y artículos, florece un género que a todos los contiene y que en pizcas reducidas, como el ligero paso por el fuego en la cocción, a todos influye. Ofreciendo de la literatura toda una historia y del mundo humano todas sus transformaciones, el ensayo cristaliza como el modelo de escritura que mejor permite, en medio de las ficciones cotidianas, el acercamiento humilde a la realidad y a las ideas de verdad que de época en época nos condenan o sublevan. De la literatura usualmente se espera que sea una ventana abierta a las expresiones personalísimas de los poetas que instauran realidades con sus metáforas, también se puede esperar que nos invite a traspasar las fronteras de la cruda realidad para recorrer sendas y aventuras insospechadas de la mano de héroes hasta del futuro. Pero de todo lo que se espera de la literatura, sólo el

ensayo gana al lector como su interlocutor, lo inserta por unos momentos en una visión del mundo y lo ubica, sin intentar engañarlo, en una dimensión de la vida desde la que puede mirar con ojos más prudentes la realidad de las cosas.

De ahí que también el ensayo tenga elementos tan cercanos a los del periodismo, sobre todo en su intención de no inventar y no pretender que el lector se quede deslumbrado ante la presentación de verosímiles ideas. En el mundo de las ficciones literarias, el ensayo es un ancla que hace que las naves no escapen de este mundo. El legado de grandes ensayistas, cuando nos hablan de la vida, el arte o la ciencia, es poner estas áreas de la realidad del hombre en un punto de mayor comprensión: es un trabajo solidario por hacer del hombre un ser más sabio y del mundo un lugar más sereno. Los ensayos no han querido ser novelas ni cuentos, mucho menos poesía, sino sus correlatos en la interpretación del paso de las realidades humanas a través de la historia. Se hacen notables sus parecidos con la crónica y con el reportaje. Y es que una vez más, el ensayo permite que todas las formas de escritura lo toquen y le reclamen parentescos; así es este centauro de los géneros en el que por caber de todo y hablar de todo, también todo se acepta. No se haga raro que leyendo ensayos el lector encuentre fragmentos de entrevista, otros de la prensa y artículos de opinión que han servido para, de lo breve, acabar el lápiz. Alguien podrá reclamar que no sea del todo exacto que el ensayo no se permita coqueteos con la ficción y, por supuesto, habrá que reconocer en el reclamo una dosis de verdad: tan sencillo es encontrar disertación de ideas filosóficas en personajes imaginarios, como bien lo hizo Leibniz, por ejemplo; o sin irnos tan lejos, nuestros ensayistas

latinoamericanos han logrado insertar invenciones dialogadas en medio de sus anclajes, como Alfonso Reyes en algunos de sus ensayos. En otro contemporáneo, Juan José Millás, los artículos periodísticos afloran en el reclamo de sus talentos literarios como *articuentos* y, sin dejar de mencionarlo, en muchos de sus cuentos Borges y Cortazar han dejado escapar ideas, citas y menciones que serían más propias de los ensayos.

En un ya clásico escrito de la norteamericana Susan Sontag, *El hijo pródigo*, ella ha expresado contundentemente su apreciación de este hecho: “Ningún poeta tiene problemas a la hora de decir: soy un poeta. Ningún escritor de ficción duda al decir: estoy escribiendo un cuento. El ‘poema’ y el ‘cuento’ son formas y géneros literarios todavía relativamente estables y de fácil identificación. El ensayo no es, en ese sentido, un género. Por el contrario, ‘ensayo’ es apenas un nombre, el más sonoro de los nombres que se da a una amplia variedad de escritos”. No es de extrañar entonces que existan confusiones en la solicitud desmedida de ensayos que atestiguamos en la actualidad: suena a que se pide mucho, pero a la vez suena a que no se pide literatura, por lo menos no a que se esté pidiendo una novela o un cuento para la próxima clase. Mas hay quienes en la confusión se contentan y pidiendo ensayos esperan informes de lectura o un breve artículo de opinión. Hicieron bien, todos, en clarificar lo que buscan y, si así lo discriminan, pedir entonces el tipo de escrito que quieren leer sin atenerse a que la palabra ensayo obre por sí sola el milagro.

Como hay para tantos tonos y extensiones, como para asuntos y paladares, no se hace extraño que buena parte de las obras de filosofía tengan como género de

expresión el ensayo. Voluminosos libros pasan entre sus títulos por ser ensayos sobre el conocimiento, el entendimiento y las razones de la vida, así como tantos otros, no menos preclaros, se intitulan tratados; y los hay hasta sobre la desesperación, como el clásico libro de Sören Kierkegaard. Pero todos, casi amén de Montaigne, son ensayos que ejercen sobre el papel la búsqueda de respuestas a preguntas que subyugan a indóciles espíritus. Aquí hay en parte una clave acerca de los verdaderos ensayos y por qué es bueno distinguirlos de otros: el ensayo no se fuerza, sencillamente se impone sobre la voluntad con el deseo de referir a nuevos lectores aquella disposición natural a pensar y ejercer lo que Susan Sontag dulcemente ha llamado nuestra libertad intelectual. Por fuera de este territorio nos acostumbremos a leer muchos ejercicios escritos pero pocos esfuerzos mentales nacidos de la urgencia de comprender todas las cosas. La distancia que hay de los ensayos académicos y los escritos que brotan en aquella vocación de la libertad intelectual se siente apenas se leen los primeros párrafos. En su fuerza, en su entereza, en sus ataques y reservas, los ensayos reales llegan a ser un modelo continuo de cómo vérselas cara a cara con los pensamientos que día y noche cruzan la mente. Esa pasión que no germina en tantos y tantos ensayos de hoy en día se debe a que se asumen como un trabajo extenuante que quita tiempo, que impide hacer cosas más productivas y que no tendría eco en ninguna parte. La pasión que nos transmite la lectura de ensayos culmen del género, en todos los tiempos y de todas las lenguas, viene dada por el convencimiento de que cumplen una función profundamente humana, productiva, necesaria para aclarar

espíritus y, por ello, exonerada de las penalidades y fatigas propias del amor.

Por ello, lo mejor que puede hacer quien quiera escribir y que pretenda, a la vez, que a sus escritos se les dé el nombre de ensayos es recorrer miles de páginas en la lectura de los maestros. Están para ello como también para iluminar nuestras vidas con la profundidad de sus pensamientos sobre tantos temas. Mantener un libro de ensayos sobre el nochero o en el maletín, por breve que sea, es permitirse ratos de saludable conversación con aquellos hombres que tomaron al género, y como centauro, lo fueron amaestrando. Es mucho más que probable que si usted tiene un tema de interés, que alguno debe tener, encuentre libros de ensayos sobre ese especial gusto. Es el camino que debe empezar a recorrer si quiere lograr algo por sus habilidades de escritura. Las palabras y las lenguas son herramientas a disposición de todos y se ajustan bien con el frecuente trato. Hablar bien y escribir bien no es una cuestión de talento, la disposición juega gran papel en ello. Condenados a hablar y escribir mal no puede socorrerse la escasa voluntad como si hacerlo bien fuera una cuestión exclusiva de unos pocos nacidos con extraordinaria aptitud para lograrlo. Como en todo, la imitación es un comedido principio por el que van cuajando nuevas formas de decir y de hacer: nada irrumpe en absoluta originalidad. Aunque, como bien lo escribió David Lodge recientemente en un ensayo dedicado a la obra de Evelyn Waugh, "... los grandes escritores no se limitan a copiar a otros escritores; toman prestados los trucos que les parecen admirables y los transforman".

Debe, asimismo, llegarse a la gran virtud de los mejores ensayos: el tono personal. Tan distinguido como el manejo de

la voz en una disertación pública, la línea personal de escritura es una forma en la que los ensayistas nos dan su visión de las cosas haciendo que el paso por sus páginas no sea tanto una ostentación de virtudes como una saludable muestra de cariño por los lectores. En este



sentido, Latinoamérica ha sido un crisol particular de voces que han encontrado en el centauro de los géneros uno de sus mejores medios de expresión. Ha sido el instrumento para que muchas de nuestras ideas políticas alcanzaran

decente revuelo. En dos siglos de independencia, la imitación de las ideas que nos llegaron del Renacimiento, la Ilustración y el Romanticismo buscaron urgidas respuestas en el corazón de los intelectuales del continente para dar una noción sobre lo que somos los americanos en el mundo. Se aunaban en condiciones ya harto extrañas el fervor político e intelectual reclamando de nuestros ancestros una correspondencia en la pasión por nuestra propia forma de ser. Ahora de un político no se hace más que el remedo de un simio. Mencionar, por sólo citar algunos, a Andrés Bello, a Domingo Faustino Sarmiento o a José Martí, era dar una idea de esa búsqueda de respuestas en los urgentes horizontes del siglo XIX. Expandidos nuestros horizontes y respaldados por pocas pero pujantes publicaciones muchas más plumas se fueron acercando a la fiesta del ensayo durante todo el siglo veinte. La sola figura de Alfonso Reyes ha podido dar para todo tipo de reflexiones sobre nuestra intelectualidad y cultura aplicadas a la asistencia de todos los fenómenos como repitiendo la clásica sentencia de Terencio de “humano soy y nada de lo humano puede serme ajeno”.

Desde América, el ensayo habla de lo que nosotros somos, cómo y por qué somos. Más que el discurso filosófico, el ensayo es patria de nuestro pensamiento. Así lo supo Germán Arciniegas cuando hablaba de nuestros hombres y de nuestra geografía en “Nuestra América es un ensayo”. Muchos han sido aquellos que desde cualquier rincón del continente, cuando no en el éxodo, exploraron y aún exploran en el ensayo el sabernos advertidos de nuestra condición: crisol, morada de dioses, ángeles y demonios en donde nada muestra su último rostro. Nuestra necesidad consiste en reconocernos y desnudarnos ante

el mundo en las páginas de los ensayos y la obra literaria defendiendo nuestras diferencias, rasgos que tan bien le dan devenir al mundo.

Así como en nuestro mundo se conjugan tan variados elementos, iniciando el siglo veintiuno el ensayo adopta las disertaciones sobre el mundo que nos ha tocado en suerte. Nuevas generaciones alistan sus plumas para dejar sentir sus reclamos, críticas y risotadas frente a nuestros vericuetos. Hay tiempo para engrandecer el alma en el elogio de nuevas obras maestras y para aclarar el pensamiento en la comprensión de los desenfrenos sociales en los que nos hemos ido metiendo sin darnos cuenta. La publicación periódica de ensayos en revistas virtuales, algunas con sus presencias reales en el papel, nos abre un panorama de orientaciones prosísticas del que jamás se tuvo precedente. En medio de tantas cosas es posible que se termine leyendo mucho texto inocuo, pero en cuestiones de alcanzar el criterio cada quien se va regocijando en su propia historia de formación. Sin embargo, mientras algunos tienden a hacer pálido el género, no sólo desde la academia, sino también desde publicaciones a veces respetables, no dejan de aparecer los que conversan con el lector y le dan el placer de sentarse a su lado para contarle lo que piensa.

Por ello cuando alguien me pregunta cómo escribir un ensayo inmediatamente pienso en una buena conversación en la que el lector, aunque silente, se regocija, asiente, se refrena, piensa, se confunde, vuelve a preguntar y termina con nuevas ideas en la cabeza. El don de la conversación, del que nuestro querido Luís Tejada ha dicho que no es simplemente hablar porque es un paraíso artificial de curiosidad intelectual

incluso por las cosas más inútiles, es una de mis metáforas preferidas al pensar en un ensayo. Huxley alguna vez escribió que para conversar bien no sólo bastaba con tener buena voz, en el sentido de una voz hipnótica, también había que agregarle una sólida formación intelectual que no se ufanase de lo poco que en últimas conoce sino que, humildemente, otorgue luces con el capital de la cultura. Así arribamos a ese paraíso escrito que nos hechiza mientras lo leemos. En ese paraíso están las cosechas de un pensamiento que se deshace de vanidades y se congratula en participar a todos una dosis de humanidad.

Afincados en las planicies de las ciencias naturales y sus progresos, muchos han creído que escribir para las mal llamadas ciencias humanas consiste en programar una lectura de demostraciones, libre de todo juego y conversación, evitando las digresiones y el buen humor propio de las buenas conversaciones optando mejor por la seriedad regia del trabajo científico. Pero seguro usted no espera que al ir a conversar agradablemente con un amigo éste lo sorprenda con una afirmación como la siguiente: “El propósito de la siguiente conversación es demostrarte por qué x por medio de las siguientes premisas. Espero que al final de este café que nos vamos a tomar, logres caer en cuenta de que es así y no hay de otra forma. Punto.” Usted no lo espera, es cierto; sin embargo, es este el tipo de “ensayo” que ha querido pasar sin ningún otro documento de presentación, salvo el interés de hacer parecer ciencia a la literatura, por nuestras comunidades académicas y por algunas de las más ingratas revistas. Ingratas, por supuesto, para los lectores.

Así las cosas, la página en blanco no duele tanto como parece; usted ensaya conversar con conocimiento y sin me-

lindres. Cuando usted se sienta a tomar un café con un amigo con el que se la lleva bien, la preocupación por las cosas que va a decir desaparece y fluyen los términos de todos los temas. La gran diferencia entre la grata conversación entre buenos amigos y la conversación que surge en el buen ensayo se altera sólo en que para éste usted espera que lo iluminen un poco más, mientras se puede divertir leyendo. La conversación puede ir de chisme en chisme y de burla en burla, sin alcanzar la finura de una vela encendida. Me podría detener en la muestra de ejemplos con la forma en que escriben ensayos tanto los clásicos como los agradables contemporáneos, pero me satisfaría aún más que usted lo hiciera por su propia cuenta, querido lector. En ellos surge lo anecdótico como principio de grandes disertaciones, una llamada, un libro, una sugerencia, una casualidad dan pie a que se exploren miles de asuntos, así como cuando usted llama a un buen amigo a contarle algo que lo ha dejado pasmado.

Pero no basta la intención de querer ser un tanto frugal en el manejo de temas que bien podría ser espinosos. La voluntad de querer conversar con el lector exige también la voluntad de querer manejar mejor nuestros idiomas. La indiferencia con las lenguas sólo ha llevado a que no digamos lo que realmente queremos decir, lo que genera toda suerte de mal entendidos. Recuerde que todas tienen su gramática y sus dimensiones, sus monotonías y extravagancias, sus palabras bellas y sus vulgaridades. Así como un músico de jazz requiere el conocimiento de escalas, armonías, manejo de tonalidades, química con el instrumento, pasión por recorrerlo, así el escritor requiere el manejo de un buen repertorio de herramientas a veces olvidadas de lo cercanas que están. La

ortografía, el buen aliento de la escritura, como dice Héctor Abad Faciolince, y el manejo de figuras literarias y posibilidades narrativas no le frenan su creatividad, antes se la enriquecen. El error en el que sin fundamento se ha insistido consiste en acercarse al aprendizaje de otras lenguas sin el conocimiento adecuado de la nuestra. Sin el valor que tienen nuestras formas, por ejemplo, en el manejo de verbos, conjugaciones, adjetivación y alteraciones sintácticas, se hace más difícil comprender lo que en otras lenguas representan sus propias normas; para no ir muy lejos, como en las declinaciones.

La frescura en el tratamiento de la lengua exige, contrario a lo que se puede pensar intuitivamente, toda una seriedad en los procesos de aprendizaje. Traducir los pensamientos a un tono sobrio y agradable, hacerse entender sin enredar todas las frases significa apreciar las posibilidades estilísticas que hay a disposición en todo idioma. No obstante, otro fenómeno curioso ha ocurrido en los últimos años como para acabar de socavar la idea que se maneja de ensayo. Tal anomalía es la creciente adjudicación de bibliografía y notas de pie de página en todos nuestros escritos. Despreocupados por la expresión hemos caído en la excesiva intranquilidad por quiénes nos dan su visto bueno para pensar como pensamos y cuáles son las extensiones, los lineamientos, las márgenes, las citas y las normas aceptadas para que un texto quede bien presentado. Una pregunta frecuente: “Profesor, ¿usted sabe cuáles son las normas APA o cuáles son las normas ICONTEC? Es que me pidieron escribir un ensayo y tiene que tener esas normas”. Tal preocupación ha caído como un caso más de nuestras degradantes burocracias, rebajando a instructivo lo que puede ser

una aventura mucho más profunda de escritura. Cayendo en cuenta de estos fenómenos, hace algún tiempo he venido leyendo en ciertas convocatorias para la escritura de ensayos un requisito puntual que dice: “En cuanto al formato (notas de pie de página o al final, bibliografía, etcétera), debido al gran número de formatos que se emplean en distintas naciones, no especificamos ninguno”. Así lo hace claro por ejemplo una convocatoria de la Universidad de East Carolina, en los Estados Unidos. Creo que se entiende muy bien que, en este punto, también se reseña una crítica.

Es hora de ocuparnos pues del ensayo en toda su amplitud haciendo gala de lo que significa: ensayar, pensar, intentar decir algo con base en algo. En nuestras universidades debe capacitarse para que esta práctica, tan exigida semana tras semana como forma de trabajo, deje de cargar con errores que han condenado a estudiantes a no saber ni lo que dicen y a profesores a creer que ensayo es mucho menos de lo que piensan. La lectura y la pasión por el género pueden llevarlo a apreciar mejor a este *hijo pródigo*, como lo ha llamado Susan Sontag.

Una de las recomendaciones que me gusta recitar de vez en cuando viene dada por uno de los más grandes maestros del género en Latinoamérica, Alfonso

Reyes. Tomando la vida gastronómica en su esencia de darle no solo alimento al mundo sino sabor, el mexicano nos habla de lo que ha sido para él escribir, más que sobre el escritorio, junto a la alacena. Receta de escritura para que veas, querido lector, el escribir en su verdadera dimensión:

Tómese una emoción, cuélguesela de una pata hasta que esté bien manida, hasta que la pata se rompa sola y la emoción se nos caiga al suelo; sométasela al fuego de la imaginación voluntaria. (Todo cocinero literario sabe encender este fogón en tres tiempos). Empápesela poco a poco en salsa de lecturas oportunas, bien maceradas; salpíquesela con un pellizco de especias, como que somos muy pillines, como que se nos ocurren muchas cosas y no las decimos por modestia; déjesela reducir varios días; sáquesela del fuego y pruébesela de primer intento, a ver lo que sale; sacrifíquese con la primer lectura a algún amigo paciente, y hágase caso de su consejo; añádase esto y quítese esto otro; y un ramito de lechuga por aquí, y un rabanito tajado en flor por allá; y cáatala en letras de molde para estómagos fatigados.